

**CARTA DEL CARDENAL PIRONIO A MONSEÑOR LUCIO GERA,
CON MOTIVO DE SU JUBILEO SACERDOTAL ¹**

Roma, septiembre 1997

Muy querido Lucio:

Estás cumpliendo tus 50 años de sacerdocio. ¡Qué gracia de Dios para ti y qué don tan fecundo para la Iglesia! No podría faltar mi palabra de amigo. ¡Cómo quisiera estar a tu lado para compartir tu alegría profunda y tu gratitud sincera al Dios de la fidelidad! Lo hago desde aquí, desde Roma que tú conoces y amas, desde el corazón de la Iglesia a la que nos enseñaste magistralmente a conocer y a la que has servido siempre como hijo fiel. Me ha hecho mucho bien tu amistad y me ha confortado en los momentos difíciles.

Supiste compartir mis alegrías con tu silencio, tu oración y tu cercanía espiritual. Comprendiste muy bien la recomendación de San Pablo: «*Alégrense con los que están alegres, y lloren con los que lloran*» (Rm 12, 15). Lo he sentido muy hondamente en mi vida, compartiendo cruces y esperanzas. Es que todo partía de una experiencia profunda del amor de Dios que nos envolvía en la recomendación concreta del Apóstol: «*Amen con sinceridad*» (Rm 12, 9). Más propiamente todavía todo parte de aquella caridad que Santo Tomás define como una «cierta amistad del hombre con Dios» (II, IIae, q. 23 a. 1). ¡Qué formidable! ¡La caridad –la más perfecta de las virtudes– definida como una forma de amistad! Es que la amistad verdadera supone siempre estas tres cosas: la benevolencia (querer el bien para el amigo), la reciprocidad (el amigo es amigo para el amigo) y la comunicación en algún bien (como Dios que nos comunica su propia felicidad y nos invita a la comunión de la felicidad perfecta en la eternidad). Santo Tomás –de quien ambos hemos aprendido tanto– nos enseña todas estas cosas (cfr. II, IIae, q. 23 a. 1). Pero lo más importante es que ambos hemos tenido, por pura gracia de Dios, una misma experiencia del amor de Dios. «*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único*» (Jn 3, 16). Allí están las tres cosas (la benevolencia, la reciprocidad y la comunicación en el bien). Tu amistad ha sido siempre generosa y desinteresada, silenciosa y serena, en la profundidad de Dios y en la sacramentalidad de la Iglesia. Nunca la proclamaste en mis momentos aparentemente felices; en cambio la he sentido cuando el Señor me visitaba con la cruz.



Yo creo que la amistad pertenece a las almas nobles y sencillas; se da en los pobres y en los fuertes. Yo he comprendido en ti una capacidad sagrada de amistad sacerdotal. Se expresa, por momentos, en un gesto, un abrazo, una palabra. Pero uno la siente adentro; es como la sangre que circula por las venas sin que la veamos, pero que nos alimenta. Hay momentos en que uno siente la necesidad de la presencia del amigo (su palabra, su consejo, su gesto silencioso), pero sobre todo experimenta la urgencia de su cercanía espiritual, de su recuerdo, de su oración. Nos hace bien rezar juntos o saber que vamos caminando juntos contemplando en silencio el mismo mar (como aquella vez, a orillas de Ostia, sin preguntarnos nada).

Para intuir y gozar una amistad verdadera hay que ser pobre: sentir la debilidad propia y la generosidad desinteresada del amigo. Uno va con las manos vacías y el corazón abierto. No como quien pretende dar o enseñar, sino como quien necesita recibir sin exigirlo. Hay momentos en la vida que uno experimenta la gracia y el don del amigo. El sufrimiento es siempre un reclamo de la cercanía y la presencia del amigo verdadero, no como una forma de interés sino como una especial revelación del amor de Dios. Cuando Jesús nos llama sus amigos (*Jn 15*), nos señala dos cosas: que nos revela los secretos del Padre y nos llama a vivir en la comunión con el Padre. Me impresiona también que cuando Jesús quiere enseñarnos la infalible eficacia de la oración (*Lc 11*) nos habla repetidamente del amigo: «*Amigo, préstame tres panes, porque uno de mis amigos llegó de viaje y no tengo nada que ofrecerle*». No quiero hacer una exégesis más profunda, ni sería capaz de hacerla. Tú serías capaz de hacerla (y nos haría bien a los dos), porque eres un teólogo contemplativo. Yo quiero simplemente decir que la oración es hablar con el amigo (en definitiva con el Amigo que es Jesús) y que nadie puede ser feliz sin amigos.

No quiero seguir más, porque temo enredar las cosas. Yo sólo quería decirte –en ocasión de tus 50 años de sacerdocio– cuánto he sentido tu amistad y cuánto bien me ha hecho sacerdotalmente: en mi vida personal y en mi ministerio. Necesitaba decírtelo para agradecerlo juntos al Señor. Además para pedirte, en este momento importante de mi vida, en este tramo final de mi camino («*voy entrando en la Vida*», diría Santa Teresita) que me acompañes con tu cariño y tu oración. Que ésa es la amistad verdadera. Querido Lucio: con mis mejores augurios, mi abrazo cordial y mi humilde bendición de hermano mayor en Cristo Sumo y Eterno Sacerdote y en María Santísima, nuestra Madre de Luján.

Eduardo F. Card. Pironio

Notas

¹ Tomada del libro «Juntos en su memoria», pp. 293 ss.